

Las mujeres *de* la casa de las lilas

MARTHA HALL KELLY



MAEVA



Queridos lectores,

Una editora siempre está buscando una buena historia que merezca ser publicada en su catálogo. En el caso de *LAS MUJERES DE LA CASA DE LAS LILAS*, de Martha Hall Kelly, supimos desde el primer momento que estábamos ante un libro que iba a ser nuestro *LIBRO DEL AÑO* en *MAEVA*, porque las protagonistas son tres mujeres que forman parte de una historia que merece ser contada.

Caroline Ferriday, una filántropa norteamericana que trabaja en el consulado francés y cuya vida va a cambiar para siempre en septiembre de 1939, cuando las tropas de Hitler invaden Polonia.

Separada de Caroline por un océano, Kasia Kuzmerick es una adolescente polaca cuya juventud despreocupada se desvanece cuando la atrapan haciendo de mensajera para la resistencia clandestina de su país.

Para la joven doctora Herta Oberheuser, una oferta de empleo gubernamental para ocupar un puesto de médico parece ser la respuesta a su ambición, pero en el nuevo lugar de trabajo se queda atrapada en un mundo dominado por los hombres y la cúpula del poder nazi.

Las vidas de estas tres mujeres se entrelazan y sus historias terminan uniendo vidas, e incluso continentes, desde Nueva York a París, pasando por Alemania y Polonia.

Inspirada en la vida de dos heroínas reales que vivieron en Europa en el siglo xx, *LAS MUJERES DE LA CASA DE LAS LILAS* es una increíble historia de redención, y un extraordinario homenaje a todas las mujeres cuyas vidas se rompieron, pero que encontraron la fuerza para volver a vivir.

Una novela sorprendente sobre el poder de las mujeres para cambiar la historia. ¡No dejes de leerla y de recomendarla!

La editora



Para mi marido, Michael, que todavía consigue
que mi corazón haga ese clic.

PRIMERA PARTE

1

Caroline

Septiembre de 1939

Si hubiera sabido que estaba a punto de conocer al hombre que me iba a hacer añicos el corazón, como un cuenco de porcelana que se estrella contra la terracota, ni me habría levantado esa mañana. Pero lo que hice fue sacar de la cama a nuestro florista, el señor Sitwell, para que me preparara un ramillete para la solapa. Mi primera fiesta de gala para el consulado no era ocasión para escatimar en nada.

Me uní a la enorme marea de gente que recorría la Quinta Avenida. Vi abrirse paso por mi lado a hombres con sombreros de fieltro gris que llevaban en sus maletines los periódicos de la mañana con los últimos titulares optimistas de la década. Ese día no había ninguna tormenta formándose al este, ni nada presagiaba lo que estaba por venir. La única señal de que desde Europa podría llegar algo malo era el olor de la marea muerta que llegaba desde el East River.

Cuando me acerqué a nuestro edificio, que estaba en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y Nueve, vi a Roger arriba, mirando por la ventana. Había despedido a gente por mucho menos que llegar veinte minutos tarde, pero el único día del año en que la élite de Nueva York abría sus carteras y fingía que le importaba lo que ocurría en Francia no era precisamente el momento para racanear con las flores de la solapa.

Tomé la esquina y vi los destellos que el sol arrancaba a las letras doradas esculpidas en la piedra: LA MAISON FRANÇAISE. El French Building, donde estaba el consulado francés, estaba justo al lado del British Empire Building, en plena Quinta Avenida. Los dos edificios formaban parte del Rockefeller Center, el nuevo complejo de granito y caliza de Rockefeller Junior. Muchos consulados extranjeros tenían allí sus oficinas y eso producía una interesante mezcla de diplomacia internacional.

–Vaya hasta el fondo y espere mirando al frente –dijo Cuddy, nuestro ascensorista.

El señor Rockefeller elegía personalmente a los ascensoristas atendiendo a criterios de buena presencia y educación. Cuddy destacaba en cuanto a su apariencia, pero ya lucía algunas canas en el pelo y parecía que su cuerpo tenía prisa por envejecer.

Cuddy fijó la vista en los números que se iban iluminando sobre las puertas.

–Hoy hay una buena multitud, señorita Ferriday. Pia me ha dicho que han llegado dos barcos nuevos.

–Estupendo –respondí.

Cuddy se sacudió algo de la manga de la chaqueta de su uniforme azul marino.

–¿Le toca trabajar hasta tarde hoy también?

Para ser los ascensores más rápidos del mundo, me dio la sensación de que el nuestro estaba tardando una eternidad.

–Tengo que salir a las cinco. Damos una fiesta esta noche.

Me encantaba mi trabajo. La abuela Woolsey empezó con la tradición de que las mujeres de nuestra familia trabajasen cuando decidió hacerse enfermera para atender a los soldados en el campo de batalla de Gettysburg. Pero mi puesto voluntario de directora de asistencia familiar en el consulado francés no se podía considerar trabajo, en realidad. El amor por todo lo francés era algo que estaba en mi genética. Mi padre era medio irlandés, cierto, pero su corazón era francés. Además, mi madre heredó un apartamento en París, donde pasábamos todos los años el mes de agosto, así que aquello era como mi casa.

El ascensor se detuvo. Incluso con las puertas aún cerradas, desde allí dentro se oía una terrible algarabía de voces. Sentí un escalofrío.

–Tercer piso –anunció Cuddy–. Consulado de Francia. Cuidado con...

En cuanto se abrieron las puertas, el ruido ahogó sus educadas instrucciones. El pasillo que llegaba hasta la recepción estaba tan atestado que apenas se podía pasar. El *Normandie* y el *Île de France*, dos de los transatlánticos más importantes de Francia, habían llegado esa mañana al puerto de Nueva York llenos de pasajeros ricos que huían de la incertidumbre que reinaba en Francia. En cuanto la sirena

señaló que ya podían desembarcar, la élite del barco fue directa al consulado para resolver problemas con los visados y otros asuntos peliagudos.

Entré como pude en la recepción, atestada de humo, tras pasar junto a señoras con vestidos de día a la última moda en París, que estaban por allí, cotilleando, en medio de una deliciosa nube de perfume Arpège y con gotitas de agua de mar aún en el pelo. Las personas que conformaban ese grupo estaban acostumbradas a que las siguiera un mayordomo con un cenicero de cristal y una copa alta de champán. Los botones con la chaqueta de color escarlata del *Normandie* se medían con sus colegas con la chaqueta negra del *Île de France*. Crucé entre la multitud, abriéndome paso con el hombro, en dirección a la mesa de nuestra secretaria, al fondo de la sala, pero mi pañuelo de gasa de seda se quedó enganchado en el cierre del collar de perlas de una mujer deslumbrante. Mientras intentaba desengancharlo, el intercomunicador empezó a sonar, pero nadie respondió.

Roger.

Seguí avanzando, hasta que sentí que me daban una palmadita en el culo y me giré. Ante mí encontré a un guardiamarina que me miraba con una sonrisa de dientes sucios.

—*Gardons nos mains pour nous-mêmes* —O lo que es lo mismo: «A ver si nos guardamos esas manos».

El chico levantó el brazo por encima de la multitud y agitó la llave de su camarote del *Normandie*. Al menos no tenía más de sesenta, como los hombres que normalmente se fijaban en mí.

Por fin llegué a la mesa de nuestra secretaria, donde la encontré sentada, con la cabeza gacha, escribiendo a máquina.

—*Bonjour*, Pia.

El primo de Roger, un chico de dieciocho años y ojos oscuros, estaba sentado en el escritorio de Pia, con las piernas cruzadas. Tenía un cigarrillo en la mano y elegía cuidadosamente de entre el contenido de una caja de bombones, el desayuno favorito de Pia. La bandeja de documentos para mí que había en su mesa ya estaba llena de carpetas.

—*Vraiment?* ¿Y qué es lo que tienen de buenos? —dijo ella sin levantar la cabeza.

Pia era mucho más que una secretaria. Todos desempeñábamos muchos papeles y entre los suyos estaba hacer el registro de nuevos usuarios y crear una carpeta para cada uno, pasar a máquina la considerable correspondencia de Roger y descifrar la colosal marea de mensajes en código morse que llegaban a diario y que eran parte vital de lo que hacíamos en nuestra oficina.

—¿Por qué hace tanto calor aquí? —pregunté—. Pia, está sonando el teléfono.

Ella se decidió por un bombón de la caja.

—Sí, no deja de hacerlo.

Pia atraía pretendientes de una forma sorprendente, como si emitiera una frecuencia que solo los hombres podían detectar. Tenía un atractivo salvaje, pero yo sospechaba que su popularidad se debía en parte a sus jerséis ajustados.

—¿Puedes ocuparte de alguno de mis casos hoy, Pia?

—Roger ha dicho que no puedo levantarme de esta silla. —Dio la vuelta al bombón y separó un poco el papel de la base, con el pulgar de manicura perfecta. Buscaba uno con crema de fresa—. También ha dicho que quería verte en cuanto llegaras, pero creo que la mujer que está en el sofá ha dormido esta noche en el pasillo. —Pia agitó la mitad de un billete de cien dólares delante de mí—. Y el señor gordo con los perros me ha dicho que te dará la otra mitad si le atiendes primero. —Señaló con la cabeza a una pareja mayor y rechoncha que esperaba cerca de la puerta de mi despacho. Cada uno llevaba en brazos un par de perros salchicha con el hocico gris.

Igual que ocurría con Pia, mi trabajo incluía varias tareas, entre ellas atender las necesidades de los ciudadanos franceses en Nueva York (muchas veces familias que estaban pasando por situaciones duras) y supervisar el Fondo para Familias Francesas, una organización benéfica a través de la que enviaba paquetes con artículos de primera necesidad a huérfanos franceses al otro lado del océano. Acababa de retirarme tras casi dos décadas dedicada a Broadway, y aquel trabajo me parecía fácil en comparación. Desde luego, no había que deshacer tantos baúles.

Mi jefe, Roger Fortier, apareció en el umbral de su despacho.

—Caroline, te necesito ahora mismo. Bonnet ha cancelado.

—No lo estarás diciendo en serio, Roger.

Esa noticia fue como un puñetazo. Yo había confirmado meses atrás que el Ministro de Asuntos Exteriores de Francia sería nuestro orador estrella en la fiesta de esa noche.

–No es fácil ser el Ministro de Asuntos Exteriores francés ahora mismo –aseguró Roger, dándome la espalda para entrar de nuevo en su despacho.

Yo entré en el mío y revisé la agenda giratoria. ¿Estaría libre esa noche mi amigo y monje budista Ajahn Chah?

–¡Caroline! –me llamó Roger.

Agarré la agenda y fui corriendo a su despacho, evitando a la pareja de los perros salchicha, que estaba haciendo grandes esfuerzos para dar verdadera lástima.

–¿Por qué has llegado tarde? –preguntó Roger–. Pia ya lleva aquí dos horas.

Como cónsul general, Roger Fortier dirigía el consulado desde su despacho, que estaba situado en una esquina del piso y tenía unas vistas impresionantes del Rockefeller Plaza y del Promenade Café. Normalmente la famosa pista de patinaje ocupaba la parte cóncava, pero la habían cerrado durante el verano y en esa época el espacio estaba lleno de mesas de cafetería entre las que corrían de acá para allá unos camareros de esmoquin con delantales hasta los tobillos. Detrás se veía el enorme Prometeo dorado de Paulanship ya de vuelta en la tierra, sosteniendo en alto el fuego robado. Tras él se elevaba hacia el cielo de color zafiro el RCA Building, con sus setenta plantas. Roger tenía mucho en común con la imponente figura masculina de la Sabiduría que había tallada sobre la entrada del edificio: el ceño fruncido, la barba, la mirada furiosa.

–He tenido que pasar a recoger el ramillete para la solapa de Bonnet...

–Oh, y eso te parece lo bastante importante para mantener a media Francia esperando.

Roger le dio un bocado a un donut y le cayó sobre la barba una cascada de azúcar glas.

A pesar de tener una figura que, siendo amable, se podía calificar de fornida, nunca le faltaba compañía femenina.

Su mesa estaba cubierta de pilas de carpetas, documentos de seguridad y dosieres de ciudadanos franceses desaparecidos. Según el

Manual para el consulado francés, su trabajo consistía en: «Ayudar a los ciudadanos franceses en Nueva York en caso de robo, enfermedad grave o arresto; asistirles en los trámites para obtener certificados de nacimiento, de adopción o reemplazar documentos perdidos o robados; proporcionarles apoyo en momentos de dificultad política o desastre natural; y planificar las estancias de cargos públicos en visita oficial y de otros diplomáticos». Si considerábamos a Hitler como desastre natural por los problemas que estaba causando en Europa, podíamos decir que no nos faltaba el trabajo en ese aspecto.

–Tengo casos que revisar, Roger...

Él me lanzó una carpeta de color marrón que se deslizó por encima de la brillante mesa de reuniones.

–No solo no tenemos orador. He estado despierto la mitad de la noche reescribiendo el discurso de Bonnet. He tenido que eludir el tema de que Roosevelt haya permitido que Francia compre aviones estadounidenses.

–Francia debería poder comprarnos todos los aviones que quiera.

–Lo que queremos es recaudar dinero, Caroline. No es momento de irritar a los aislacionistas. Sobre todo a los ricos.

–Pero si ellos no apoyan a Francia de todas maneras...

–No nos conviene tener más mala prensa. ¿Estados Unidos le está abriendo demasiado las puertas a Francia? ¿Eso provocará que Alemania y Rusia acerquen posturas? No puedo acabar una comida sin que me interrumpa algún periodista. Y no podemos mencionar a los Rockefeller... No quiero otra llamada de Junior. Aunque creo que la voy a recibir de todas maneras ahora que Bonnet ha cancelado.

–Es un desastre, Roger.

–Tal vez tengamos que suspenderlo todo. –Roger se pasó los largos dedos por el pelo, haciéndose nuevas hendiduras entre los mechones engominados.

–¿Y devolver cuarenta mil dólares? ¿Y el Fondo para Familias Francesas? Está bajo mínimos. Y ya hemos pagado por casi cinco kilos de ensalada Waldorf...

–¿A eso lo llaman ensalada? –Roger fue pasando las tarjetas con los contactos de su agenda, la mitad ilegibles y llenas de tachones–. Es *pathétique*... No hay más que trozos de lechuga y manzana. Bueno, y esas nueces reblandecidas...

Yo también revisé mi agenda en busca de famosos que nos pudieran servir. Mi madre y yo conocíamos a Julia Marlowe, la actriz, pero estaba de gira por Europa.

—¿Y Peter Patout? La gente de mi madre lo ha empleado.

—¿El arquitecto?

—Sí, el de la Exposición Universal. Tenían ese robot de más de dos metros.

—Aburrido —contestó Roger dándose golpecitos en la palma con un abrecartas de plata.

Pasé a la L.

—¿Y el capitán Lehide?

—¿Del *Normandie*? ¿Lo dices en serio? Le pagan para que sea aburrido y soso.

—No puedes descartar todas mis sugerencias de esa forma, Roger. ¿Y Paul Rodierre? Betty dice que todo el mundo habla de él.

Roger frunció los labios, algo que siempre era buena señal.

—¿El actor? He visto su espectáculo. Es bueno. Alto y atractivo, si te gustan los hombres de ese tipo. Tendrá un metabolismo rápido, claro.

—Al menos sabemos que es capaz de memorizar un guion.

—Es un poco bala perdida. Y también está casado, así que mejor que no se te ocurran malas ideas.

—Yo no quiero saber nada de los hombres, Roger.

Con treinta y siete años, ya me había resignado a la soltería.

—No sé si Rodierre querrá hacerlo. A ver qué puedes conseguir, pero asegúrate de que quien sea se ajuste al guion. Nada de Roosevelt...

—Ni de los Rockefeller —concluí.

Entre un caso y otro fui llamando a los posibles candidatos de última hora y al final acabé con una sola opción: Paul Rodierre. Estaba en Nueva York, en el Broadhurst Theatre, actuando en una revista musical, *Las calles de París*, el gran debut en Broadway de Carmen Miranda.

Llamé a la agencia William Morris y me dijeron que iban a preguntar y que me llamarían. Diez minutos más tarde el agente del señor Rodierre me dijo que no tenía función en el teatro esa noche y que, aunque su cliente no tenía ropa adecuada para una gala, se sentía muy honrado por mi invitación para que diera un discurso en la fiesta de esa noche y que podíamos vernos en el Waldorf para hablar

de los detalles. Nuestro apartamento, en la calle Cincuenta Este, estaba a tiro de piedra del Waldorf, así que tuve tiempo de pasarme por casa para ponerme el vestido de Chanel negro de mi madre.

Encontré al señor Rodierre sentado a una mesa del Peacock Alley, el bar del Waldorf, que estaba pegado a la recepción, justo cuando los dos relojes de bronce de dos toneladas marcaron los dos cuartos con un bonito sonido que era igual que el de la catedral de Westminster. Los invitados a la fiesta, con sus mejores galas, ya iban subiendo hacia el gran salón de baile.

—¿*Monsieur* Rodierre? —saludé.

Roger tenía razón con lo de su atractivo. Lo primero de Paul Rodierre en lo que se fijaría cualquiera, tras el impacto inicial de su belleza física, era en su arrebatadora sonrisa.

—No sé cómo darle las gracias por acceder a hacer esto en el último minuto, *monsieur*.

Él se levantó de la silla y me encontré ante un hombre con una constitución más propia de un remero que fuera a participar en la regata del río Charles que de un actor de Broadway. Hizo un amago de besarme en la mejilla, pero yo le tendí la mano y él me la estrechó. Me resultó agradable estar frente a un hombre de mi estatura.

—Un placer —dijo a modo de saludo.

Pero su atuendo suponía un problema: pantalones verdes, una americana de terciopelo color berenjena, zapatos de ante marrón y, lo peor de todo, una camisa negra. Solo los curas y los fascistas llevaban camisas negras. Bueno, y los gánsteres, claro.

—¿Quiere ir a cambiarse? —Tuve que contenerme para no arreglarle el pelo, que llevaba lo bastante largo como para recogerlo en una coleta—. ¿Y a afeitarse tal vez?

Según me había dicho su agente, el señor Rodierre se alojaba en el hotel, así que su navaja de afeitar estaba a solo unas plantas de allí.

—Esta es mi ropa para la ocasión —afirmó con un encogimiento de hombros.

Muy típico de un actor. ¿Cómo no lo había previsto? El desfile de invitados que iba hacia el salón iba aumentando, las mujeres impresionantes con sus elegantes vestidos y todos los hombres con chaqué y zapatos tipo Oxford de charol o zapatos de salón de piel.

–Es la primera gala que organizo –confesé–. Además, se trata de la única noche en la que el consulado puede recaudar dinero. Y es de etiqueta.

¿Le quedaría bien el antiguo esmoquin de papá? El tiro le podría estar bien, pero le iba a quedar estrecho de hombros.

–¿Es usted siempre tan... digamos... enérgica, señorita Ferriday?

–Bueno, aquí en Nueva York no siempre se aprecia la individualidad. –Le pasé unos folios grapados–. Estoy segura de que tiene muchas ganas de leer el discurso.

Pero él me los devolvió.

–No, *merci*.

Volví a ponérselos en las manos.

–¡Pero el discurso lo ha escrito el cónsul general en persona!

–Recuérdeme por qué estoy haciendo esto...

–Para conseguir una cantidad de ayuda para los ciudadanos franceses desplazados que nos dure todo el año y para contribuir a mi Fondo para Familias Francesas. Ayudamos a los huérfanos de Francia que han perdido a sus padres por alguna razón. Con toda la incertidumbre que hay al otro lado del océano, nosotros suponemos un suministro fiable de ropa y comida. Además, los Rockefeller van a venir esta noche.

Él hojeó el discurso.

–Podrían extender un cheque y evitarse todo esto.

–Están entre nuestros donantes más generosos, pero no los mencione, por favor. Ni tampoco al presidente Roosevelt. Ni los aviones que Estados Unidos ha vendido a Francia. Algunos de los invitados de esta noche aprecian a Francia, pero creen que deberíamos mantenernos al margen de la guerra por ahora. Roger quiere evitar cualquier controversia.

–Evitar las cosas estropea cualquier sensación de autenticidad. Y el público lo nota.

–¿Le importaría simplemente limitarse a leer el discurso, *monsieur*?

–Las preocupaciones provocan problemas de corazón, señorita Ferriday.

Saqué el adorno que había ido a buscar a la floristería y separé el alfiler de la flor, un lirio de los valles.

–Tome. Un ramillete para la solapa por ser el invitado de honor.
–*Muguet?* –preguntó el señor Rodierre–. ¿Dónde lo ha encontrado en esta época del año?

–En Nueva York se puede encontrar de todo. No sé cómo lo hace, pero nuestro florista los cultiva y consigue que florezcan.

Apoyé la palma en su solapa y clavé el alfiler con fuerza en el terciopelo francés. ¿Ese olor delicioso provenía de él o de las flores? ¿Por qué los estadounidenses no olían así: a nardos, a madera, a almizcle...?

–Sabe que el lirio de los valles es venenoso, ¿verdad? –comentó el señor Rodierre.

–Pues no se lo coma. Al menos no hasta que haya terminado el discurso. O solo en caso de que la multitud se lance a por usted.

Él rio y eso provocó que me apartara. Fue una risa genuina, de esas que normalmente no se oyen en una reunión de clase alta, y menos aún con mis chistes.

Acompañé al señor Rodierre entre bambalinas y me quedé asombrada al ver el enorme escenario, que era el doble de grande que cualquiera de los que yo había pisado en Broadway. Miramos al salón, un mar de mesas iluminadas por velas que parecían barcos cargados de flores flotando en la oscuridad. Aunque las luces estaban atenuadas, la lámpara de araña de cristal de Waterford y sus seis satélites resplandecían.

–Este escenario es enorme –exclamé–. ¿Podrá con él?

El señor Rodierre se volvió hacia mí.

–Señorita Ferriday, a eso es a lo que me dedico.

Por no contrariarlo más, dejé al señor Rodierre con su discurso detrás del escenario e intenté olvidar mi fijación con sus zapatos de ante marrón. Fui hasta el salón para ver si Pia había ejecutado bien la organización de los asientos que yo había diseñado y que había resultado ser algo más complejo y peligroso que un plan de vuelo de la Luftwaffe. Cuando llegué, vi que solamente había dejado tiradas unas cuantas tarjetas en las seis mesas de los Rockefeller, así que me puse a colocarlas y después ocupé mi lugar, cerca del escenario, entre la cocina y la mesa principal. Tres plantas de palcos forrados de terciopelo rojo se elevaban sobre el gran salón y en cada uno había una mesa para la cena. Se iban a llenar las mil setecientas localidades. Eso supondría mucha gente descontenta si algo no salía bien.

Los invitados se fueron acercando para ocupar sus asientos, un mar de corbatas blancas, diamantes con solera y tantos vestidos provenientes de la Rue du Faubourg Saint-Honoré que seguro que habían vaciado la mayoría de las mejores tiendas de París. Solo con los fajines, los almacenes Bergdorf Goodman habrían alcanzado tres cuartas partes de sus objetivos de ventas totales.

A mi lado había una hilera de periodistas que acababan de sacarse los lápices de detrás de las orejas. El jefe de sala estaba preparado detrás de mí, esperando mi señal para empezar a servir. Entró en la sala Elsa Maxwell (cotilla oficial, anfitriona de fiestas profesional y el culmen del refinamiento según ella misma). ¿Se quitaría los guantes para escribir cosas terribles sobre esa velada para su columna o solo memorizaría todo lo que le pareciera horroroso?

Las mesas estaban casi llenas cuando llegó la señora de Cornelius Vanderbilt, «Su Excelencia» como la llamaba Roger, con un collar de diamantes de cuatro vueltas de Cartier que llenaba su escote de destellos. Di la señal de empezar a servir en cuanto el trasero de la señora Vanderbilt entró en contacto con el asiento de su silla y ella colgó del respaldo la estola de zorro blanco, con cabeza, patas y todo. Bajaron las luces y Roger avanzó torpemente hacia el atril, iluminado por un foco y acompañado de sinceros aplausos.

—*Mesdames et messieurs*, el Ministro de Asuntos Exteriores, el señor Bonnet, no ha podido acompañarnos esta noche, pero me ha pedido que les trasmita sus más sinceras disculpas.

Se oyó un rumor entre la multitud, que no estaba segura de cómo reaccionar ante esa decepción. ¿Escribir una carta para que les devolvieran el dinero? ¿O sería mejor llamar a Washington?

Roger levantó una mano.

—Pero hemos logrado convencer a otro ciudadano francés para que se dirija a ustedes esta noche. Aunque no ocupa ningún cargo en el gobierno, es un hombre que interpreta un papel estelar en Broadway.

Los invitados intercambiaron comentarios en susurros. No hay nada como las sorpresas, sobre todo si son buenas.

—Déjenme que les presente a *monsieur* Paul Rodierre.

El señor Rodierre ignoró el atril y se dirigió al centro del escenario. Pero ¿qué estaba haciendo? El foco se puso a barrer el espacio, intentando localizarlo. Roger volvió a su asiento en la mesa principal, al lado

de la señora Vanderbilt. Yo me quedé de pie cerca, pero a una distancia prudencial, donde no pudiera alcanzarme para estrangularme.

–Es un gran placer para mí estar aquí esta noche –anunció el señor Rodierre cuando el foco lo encontró–. Y siento muchísimo que *monsieur Bonnet* no haya podido venir.

Incluso sin micrófono, la voz del señor Rodierre llenaba la sala. Y se podía decir que brillaba con luz propia bajo el foco.

–Yo no estoy a la altura de tan distinguido invitado. Espero que no haya tenido ningún problema con el avión. Si ese ha sido el caso, seguro que el presidente Roosevelt estará encantado de enviarle uno nuevo.

Se oyeron risas nerviosas por toda la sala. No tuve que mirar a los periodistas para saber que estaban escribiendo como locos. Roger, que era un experto en el arte del *tête-à-tête*, logró seguir conversando con la señora Vanderbilt y atravesarme con la mirada al mismo tiempo.

–Pero bueno, me han dicho que no puedo hablar de política –continuó el señor Rodierre.

–¡Gracias a Dios! –gritó alguien desde una mesa del fondo.

Los invitados volvieron a reír, algo más fuerte esta vez.

–Pero sí puedo hablarles de los Estados Unidos que yo conozco, un lugar que me sorprende cada día. Un lugar donde una gente de mente abierta acepta de buen grado, no solo el teatro, la literatura, el cine y la moda franceses, sino también a nosotros, los ciudadanos de Francia, a pesar de todos nuestros defectos.

–Mierda –murmuró un reportero que había a mi lado, porque se le había roto la punta del lápiz. Le pasé el mío.

–Veo todos los días a gente que ayuda a los demás. Estadounidenses, inspirados por la señora Roosevelt, que tienden su mano al otro lado del Atlántico para auxiliar a los niños franceses. Estadounidenses como la señorita Caroline Ferriday, que trabaja todos los días para hacerle la vida más fácil a las familias francesas que están aquí, en Estados Unidos, y también para enviar ropa a los huérfanos de Francia.

Roger y la señora Vanderbilt miraron en mi dirección. El foco me iluminó, de pie junto a una pared, y esa luz, que me era tan familiar, me cegó. Su Excelencia aplaudió y la multitud siguió su ejemplo. Yo

estuve saludando hasta que el foco me abandonó (muy pronto, por suerte) y volvió al escenario, dejándome envuelta en una fría oscuridad. No echaba de menos los escenarios de Broadway, pero no estaba mal sentir el calor de la luz de los focos sobre la piel una vez más.

—Estamos en un país que no tiene miedo de venderle aviones a la gente que estuvo a su lado en las trincheras de la Gran Guerra. Un país que no duda a la hora de ayudar a mantener a Hitler lejos de las calles de París. Un país que no temerá luchar hombro con hombro a nuestro lado en caso de que ocurra lo peor...

Yo lo miraba fijamente, incapaz de apartar la vista, aunque un par de veces le eché un vistazo al público. Estaban embelesados y sin duda nadie se había fijado en sus zapatos. Pasó media hora en un instante. Cuando el señor Rodierre concluyó con una reverencia, yo contuve la respiración. Los aplausos comenzaron tímidamente, pero fueron creciendo en oleadas, como una tremenda tormenta que golpea un tejado. Una Elsa Maxwell con los ojos llenos de lágrimas utilizó una servilleta del hotel para enjugárselos. Para cuando el público se puso en pie y se lanzó a cantar *La marsellesa*, me alegré de que Bonnet no hubiera venido para leer el discurso. Incluso el personal del hotel se puso a cantar con las manos sobre los corazones.

Cuando subieron las luces del salón, Roger pareció aliviado y saludó a un grupo de gente que se había acercado a la mesa principal. Tras la cena, él se fue al Rainbow Room con algunos de los mejores donantes y unas cuantas Rockettes, las únicas mujeres de Nueva York que hacían que yo pareciera bajita.

El señor Rodierre me puso una mano en el hombro cuando salíamos del salón.

—Conozco un sitio con vistas al Hudson que tiene un vino estupendo.

—Tengo que volver a casa —contesté yo, aunque no había comido nada. Me vinieron a la cabeza imágenes de pan caliente y caracoles con salsa de mantequilla, pero no era aconsejable que me vieran por ahí, cenando a solas con un hombre casado—. Lo siento, esta noche no, *monsieur*, pero gracias.

Mi casa estaba a pocos minutos del hotel. Allí me esperaba un apartamento frío y las sobras de ensalada Waldorf.

—¿Va a permitir que cene solo después de nuestro triunfo? —insistió el señor Rodierre.

¿Y por qué no iba a ir? La gente que me conocía solo iba a unos cuantos restaurantes, que se podían contar con los dedos de una mano y que estaban en un radio de cuatro manzanas desde el Waldorf, todos ellos lejísimos del Hudson. ¿Qué daño podía hacerme ir a cenar con ese hombre?

Fuimos en taxi hasta Le Grenier, un bistró lleno de encanto en el West Side. Los transatlánticos franceses subían por el río Hudson y atracaban frente a la calle Cincuenta y Uno, así que en esa zona estaban los mejores locales pequeños de Nueva York, que aparecían como setas tras un buen chaparrón. Le Grenier estaba a la sombra del *SS Normandie*, en el ático del edificio donde en otro tiempo vivió el capitán de puerto. Cuando salimos del taxi, nos encontramos con el enorme casco del barco cerniéndose sobre nuestras cabezas, con la cubierta alumbrada por los focos y cuatro niveles de ojos de buey iluminados. Un soldador que había en la proa provocaba unas chispas de color albaricoque que volaban por el cielo nocturno, mientras los marineros bajaban un farol por uno de los lados para iluminar a unos pintores subidos en un andamio. Allí, debajo de esa enorme proa negra y mirando sus tres chimeneas rojas, todas más grandes que los edificios de almacenes que ocupaban el muelle, me sentí diminuta. El aire de finales de verano olía a salitre, proveniente del lugar donde el agua salada del Atlántico se encontraba con la dulce del río Hudson.

Las mesas de Le Grenier estaban ocupadas por personas con bastante buena pinta, sobre todo de clase media, entre las que se encontraba uno de los reporteros que habían asistido a la fiesta y unos cuantos comensales, que parecían pasajeros de alguno de los transatlánticos, celebrando que por fin estaban en tierra firme. Nosotros elegimos un reservado estrecho, de una madera bastante gastada, que parecía pensado para el interior de un barco, porque era un espacio en el que cada centímetro contaba. El *maître* de Le Grenier, *monsieur* Bernard, se emocionó mucho al ver al señor Rodierre, le dijo que había visto *Las calles de París* tres veces y le contó, con gran profusión de detalles, cómo iba su carrera en el teatro comunitario de Hoboken.

Después *monsieur* Bernard se volvió hacia mí.

–Y usted, *mademoiselle*, ¿no compartió escenario con la señorita Helen Hayes?

–¿Es usted actriz? –exclamó el señor Rodierre con una sonrisa.

De cerca esa sonrisa era peligrosa. Tenía que mantener la cabeza fría, porque los franceses eran mi talón de Aquiles. De hecho, si Aquiles hubiera sido francés, seguramente yo le habría llevado en brazos de acá para allá hasta que se le curara el talón.

–Las críticas fueron muy injustas... –comentó *monsieur* Bernard.

–Vamos a pedir –intenté cambiar de tema.

–En una utilizaron la palabra «acartonada», pero yo creo... –insistió él.

–Tomaremos los caracoles, *monsieur*. Con poca nata, por favor...

–¿Y qué fue eso que dijo *The Times* sobre su *Noche de Reyes*? «La señorita Ferriday estuvo “justita” como Olivia.» Creo que fueron demasiado crueles...

–Y sin ajo. Y que no los cocinen mucho, para que no estén muy duros.

–¿Quiere usted que vengan arrastrándose hasta la mesa, *mademoiselle*? –*Monsieur* Bernard escribió la comanda y se dirigió a la cocina.

El señor Rodierre estudió detenidamente las marcas de champán de la carta.

–Conque actriz, ¿eh? Nunca lo habría dicho.

Había algo atractivo en su apariencia desaliñada, como un jardincillo que solo necesita que le arranquen la maleza.

–El trabajo en el consulado casa mejor con mi personalidad. Mi madre conoce a Roger desde hace años y cuando me propuso que lo ayudara, no me pude resistir.

Monsieur Bernard colocó una cesta de pan en la mesa y se quedó un momento mirando fijamente al señor Rodierre, como si quisiera memorizar sus facciones.

–Espero que esta noche no le esté quitando tiempo para estar con su novio –dejó caer Paul.

Los dos estiramos la mano a la vez para hacernos con un panecillo y la mía rozó la suya, suave y cálida, pero la aparté rápidamente y la apoyé en el regazo.

–Tengo demasiado trabajo para encontrar tiempo para un novio. Ya sabe cómo es Nueva York, todas esas fiestas y compromisos. Agotador.

–No la he visto nunca en el restaurante Sardi's.

Abrió un panecillo y de su interior salió una voluta de vapor que se elevó, iluminada por la luz.

–Oh, trabajo mucho.

–Tengo la sensación de que no lo hace por dinero.

–Es un trabajo sin sueldo, si es a lo que se refiere. Pero eso no es algo de lo que se suela hablar dentro de la buena sociedad, *monsieur*.

–¿Podemos prescindir del tratamiento de cortesía? Me hace sentir un anciano.

–¿Quiere que nos tuteemos? Pero si acabamos de conocernos.

–Estamos en 1939.

–La sociedad de Manhattan es como un sistema solar, tiene su propio orden de las cosas. Una mujer soltera que cena con un hombre casado ya es suficiente para sacar a más de un planeta de su órbita.

–Aquí no nos va a ver nadie conocido –aseguró Paul mientras le señalaba un champán de la lista a *monsieur* Bernard.

–Pues creo que eso tendría que decírselo a la señorita Evelyn Shimmerhorn, que está allí, en el reservado del fondo.

–¿He arruinado su reputación? –dijo con una especie de amabilidad que no se veía a menudo en hombres tan tremendamente atractivos. Tal vez la camisa negra no era tan mala elección para él, después de todo.

–Evelyn no va a decir nada. Va a tener un bebé que no llega en el momento adecuado, pobrecilla.

–Niños... Lo complican todo, ¿verdad? No hay lugar para los hijos en la vida de un actor.

Otro actor egoísta.

–¿Cómo se ha ganado su padre su lugar en este sistema solar? –continuó él.

Paul estaba haciendo demasiadas preguntas, teniendo en cuenta que acabábamos de conocernos.

–Ganó, en pasado. Trabajaba en el negocio textil.

–¿Dónde?

Monsieur Bernard colocó en la mesa una cubitera, con unas asas que parecían pendientes de zíngara, de la que asomaba por un lado el cuello verde esmeralda de la botella de champán.

–Tenía una sociedad con James Harper Poor.

–¿De los hermanos Poor*? He estado en su casa de East Hampton. Y no hacen honor a su nombre, porque no tienen nada de pobres. ¿Va mucho a Francia?

–Voy todos los años a París. Mi madre heredó un apartamento... en la Rue Chauveau Lagarde.

Monsieur Bernard le extrajo el corcho al champán, que hizo un sonido muy satisfactorio, más seco que sonoro. Sirvió el líquido dorado en mi copa y las burbujas llegaron hasta el borde, estuvieron a punto de rebosar, y después bajaron hasta un nivel perfecto. La forma de servir de un experto.

–Mi mujer, Rena, tiene una tiendecita cerca de allí que se llama Les Jolies Choses. ¿La has visto alguna vez?

Le di un sorbo al champán y sentí el cosquilleo de las burbujas en los labios.

Paul sacó la foto de su mujer de la cartera. Rena era más joven de lo que yo había imaginado y llevaba el pelo oscuro cortado como una muñeca de porcelana. Sonreía con los ojos muy abiertos, como si encerraran un secretito delicioso. Era preciosa y seguramente todo lo opuesto a mí. Me imaginé que la tienda de Rena sería uno de esos locales diminutos tan chics que visitaban las mujeres para vestir «a la francesa»: con prendas no demasiado coordinadas, pero con el toque justo de extravagancia.

–No, no la conozco –contesté y le devolví la foto–. Pero su mujer es preciosa.

Vació la copa de champán. Paul se encogió de hombros.

–Es demasiado joven para mí, claro, pero... –Miró la foto durante unos segundos con la cabeza ladeada, como si la viera por primera vez, antes de volver a guardarla en la cartera–. No nos vemos mucho.

Se me aceleró un poco el corazón al oírlo, pero después se calmó, lastrado por la idea de que, aunque Paul estuviera libre, mi naturaleza

* El adjetivo *poor* significa «pobre». (*N. de la T.*)

enérgica acabaría saliendo a la luz, extinguiendo cualquier leve chispa de romance.

Por la radio de la cocina, que estaba a todo volumen, se oía a una Edith Piaf con interferencias.

Paul sacó la botella de la cubitera y me sirvió más champán. Burbujeó y una espuma rebelde reboseó la copa. Lo miré. Los dos sabíamos lo que eso significaba, por supuesto. La tradición. Cualquiera que haya estado en Francia la conoce. ¿Lo había hecho a propósito?

Sin dudar, Paul mojó el dedo en el champán que resbalaba por la base de mi copa, se acercó y me rozó detrás de la oreja izquierda con el líquido frío. Estuve a punto de dar un respingo al notar su contacto, pero me quedé esperando mientras me apartaba el pelo y me tocaba detrás de la oreja derecha, donde su dedo se quedó un momento. Después fue su turno de tocarse detrás de las dos orejas sin dejar de sonreír.

¿Por qué de repente tenía tanto calor?

—¿Y viene a verlo Rena alguna vez? —pregunté.

Me froté el dorso de la mano para intentar quitarme una mancha oscura, pensando que era de té, pero descubrí que era de la edad. Estupendo.

—Aún no ha venido. No le interesa el teatro. Ni siquiera ha visto *Las calles de París* todavía, pero yo no sé si podré quedarme mucho tiempo. Hitler tiene a todo el mundo de los nervios en Francia.

En alguna parte de la cocina dos hombres se pusieron a discutir. Pero ¿dónde estaban nuestros caracoles? ¿Es que habían ido a Perpignan a buscarlos?

—Al menos Francia tiene la Línea Maginot —respondí.

—¿La Línea Maginot? Por favor... Un muro de hormigón y unos cuantos puestos de vigilancia. Eso es como darle con un guante en la cara a Hitler.

—Tiene veinticinco kilómetros de ancho.

—Nada detendrá a Hitler si se le mete algo en la cabeza —aseguró Paul.

Lo de la cocina ya se había convertido en un verdadero griterío. No me extrañaba que los entrantes no hubieran llegado aún. El cocinero, un artista voluble sin duda, estaba teniendo una pataleta por algo.

Monsieur Bernard salió de la cocina. La puerta de vaivén con un ojo de buey se cerró tras él, se abrió y se cerró varias veces y por fin se quedó quieta. El hombre fue hasta el centro del comedor. ¿Había estado llorando?

–*Excusez-moi*, señoras y caballeros...

Alguien empezó a dar golpecitos a una copa con una cuchara y el comedor se quedó en silencio.

–Me acaba de contar una fuente fiable... –*Monsieur* Bernard inspiró hondo y su pecho se expandió como un fuelle de chimenea—. Sabemos de buena tinta que... –Hizo una pausa, abrumado durante un momento, y después continuó–: Adolf Hitler ha invadido Polonia.

–Oh, Dios mío –exclamó Paul.

Nos miramos mientras en el comedor estallaban conversaciones nerviosas, un runrún de especulaciones y temores. El periodista que había estado en la fiesta se levantó, dejó unos billetes arrugados en la mesa, se puso el sombrero y salió apresuradamente.

Las últimas palabras de *monsieur* Bernard quedaron ahogadas en medio del alboroto que siguió al anuncio.

–Que Dios nos ayude.

En realidad, fue idea de Pietrik Bakoski subir al promontorio que había en la Pradera de los Ciervos para ver a los refugiados. Lo digo solo para que quede constancia. Matka* nunca me creyó cuando se lo conté.

Hitler le había declarado la guerra a Polonia el 1 de septiembre, pero sus soldados tardaron en llegar a Lublin. Y a mí eso me alegró, porque no quería que cambiara nada. Lublin estaba perfecta como estaba. Oíamos por la radio los discursos que daban desde Berlín para informar de las nuevas normas y habían caído algunas bombas en las afueras de la ciudad, pero nada más. Los alemanes se habían concentrado en Varsovia. Y desde que las tropas se atrincheraron allí, empezaron a llegar miles de refugiados a Lublin, donde nosotros estábamos. Llegaban las familias en manadas, tras viajar más de ciento sesenta kilómetros al sudeste, y dormían en los campos de patatas que había por debajo de la ciudad.

Antes de la guerra nunca pasaba nada emocionante en Lublin, así que disfrutábamos con un buen amanecer a veces incluso más que con una película en el cine. Llegamos a la cumbre desde la que se veía el prado la mañana del 8 de septiembre, justo antes del amanecer, y vimos que había miles de personas en los campos, por debajo de donde estábamos, durmiendo en la oscuridad. Me tumbé a observarlo todo entre mis dos mejores amigos, Nadie Watroba y Pietrik Bakoski. Nos situamos sobre una camita de hierba seca aplastada que todavía estaba caliente porque una cierva había dormido ahí con sus crías. A aquella hora ya se habían ido; los ciervos son animales que se levantan pronto. Eso era algo que tenían en común con Hitler.

* Significa mamá en polaco. (*N. de la T.*)

Cuando de repente el alba asomó por el horizonte fue como si el aire se me quedara atravesado en la garganta, esa sensación que tienes a veces cuando ves algo tan bonito que casi duele, como un bebé o un cachorro, la nata fresca cayendo sobre la avena o el perfil de Pietrik Bakoski realzado por la primera luz del amanecer. Su perfil, que era perfecto en un noventa y ocho por ciento, se veía especialmente bonito cuando incidía en él la luz del amanecer y parecía sacado de una moneda de diez zlotys. En ese momento tenía la apariencia que tienen todos los chicos cuando se levantan, antes de lavarse, con el pelo, del color de la mantequilla, pegado en el lado de la cara sobre el que había dormido.

El perfil de Nadia también era casi perfecto, como era de esperar en una chica con unas facciones tan delicadas. Lo único que evitaba que llegara al cien por cien era un moratón en la frente, un recuerdo de un incidente en el colegio. Ya no parecía un huevo de ganso, pero todavía se veía. Llevaba el jersey de cachemir, del color de un melón cantalupo sin madurar, que me dejaba acariciar siempre que quería.

Costaba entender cómo una situación tan triste podía crear una escena tan bonita. Los refugiados habían montado una intrincada ciudad de tiendas hechas con sábanas y mantas. Cuando el sol salió, fue como si rayos X atravesaran las sábanas floreadas de una tienda para dejarnos ver las sombras de las personas que había dentro, que se estaban vistiendo para empezar el día.

Una madre, que llevaba ropa de ciudad, abrió la sábana que hacía las veces de puerta y salió llevando de la mano a un niño vestido con pijama y botas de fieltro. Los dos se pusieron a remover la tierra con palos buscando patatas.

Lublin se iba despertando a lo lejos, más allá de los campos donde estaban ellos, y parecía una ciudad salida de un cuento de hadas, con sus edificios viejos con tejados de un rojo pastel repartidos aquí y allá, como si un gigante los hubiera agitado dentro de una taza y después los hubiera esparcido sobre las colinas. Algo más al oeste estaba la zona donde una vez estuvo nuestro pequeño aeropuerto y un complejo de fábricas, pero los nazis ya la habían bombardeado. Fue su primer objetivo, pero al menos los alemanes no habían marchado todavía sobre la ciudad.

–¿Crees que los británicos nos ayudarán? –preguntó Nadia–. ¿O los franceses?

Pietrik examinó el horizonte.

–Tal vez. –Estaba arrancando hierba del suelo y tirándola al aire–. Es un buen día para volar. Será mejor que se den prisa.

Una hilera de vacas con manchas, pastoreadas por unas mujeres con pañuelos en la cabeza, iba bajando parsimoniosamente por la colina hacia donde estaban las tiendas, haciendo sonar sus cencerros y buscando un lugar para pastar. Una vaca levantó la cola y soltó un montón de excrementos tras ella. Las que venían detrás lo esquivaron. Todas las mujeres llevaban dos lecheras altas y plateadas, una en cada hombro.

Forcé la vista para encontrar nuestro colegio, la escuela católica femenina de santa Mónica, con su bandera naranja ondeando en la torre del campanario. Era un lugar con los suelos tan pulidos que dentro teníamos que llevar zapatillas de raso. Un colegio con clases muy exigentes, misa diaria y profesoras estrictas. Y ninguna ayudó a Nadia cuando más lo necesitaba; solo la señora Mikelsky, claro, nuestra profesora de matemáticas favorita.

–Fijaos –comentó Nadia–. Las mujeres vienen con las vacas, pero sin las ovejas. A esta hora siempre han sacado ya las ovejas.

Nadia era de esas personas que se fijaban en las cosas. Aunque era solo dos meses mayor que yo (ya tenía diecisiete), ella parecía más madura, no sé por qué. Pietrik miró a Nadia por encima de mí, como si la viera por primera vez. A todos los chicos les gustaba, con su voltereta lateral perfecta, su piel inmaculada como la de Maureen O'Sullivan y su gruesa trenza rubia. Yo no era tan guapa y como atleta era pésima, pero una vez, en una votación que se hizo en nuestro colegio, me eligieron la chica con las mejores piernas y la que mejor bailaba de mi clase del *gimnazjum*.

–Te fijas en todo, Nadia –comentó Pietrik.

Ella le sonrió.

–En todo no. ¿Deberíamos bajar y ayudarles a sacar patatas? A ti se te da bien la pala, Pietrik.

¿Estaba flirteando con él? Eso era una violación directa de mi regla número uno: «¡Las amigas primero!». Pietrik sacó *mi* corona de flores del río en el solsticio de verano y me regaló una cadena con

una cruz de plata. ¿Es que las tradiciones ya no significaban nada?

¿Estaría empezando a gustarle Nadia a Pietrik? Tenía sentido. A principios de mes las exploradoras habían estado vendiendo bailes con los chicos del pueblo con el objetivo de recaudar fondos para la beneficencia y Luiza, la hermana pequeña de Pietrik, me contó que Nadia había comprado todos los bailes de Pietrik, los diez. Y luego pasó lo de aquel horrible incidente en la puerta del colegio. Nadia y yo salíamos del colegio cuando unos niños de la calle empezaron a tirarle piedras a Nadia y a llamarla cosas porque su abuelo era judío. Y Pietrik vino corriendo a rescatarla.

No era raro ver a gente tirándoles piedras a los judíos, pero sí era extraño que se lo hicieran a Nadia. Hasta entonces no supe que era en parte judía. Íbamos a un colegio católico y ella se sabía más oraciones que yo. Pero todo el mundo sabía que nuestro profesor de alemán, *Herr Speck*, nos pidió que hiciéramos un árbol con todos nuestros antepasados y se lo enseñó a toda la clase.

Ese día, cuando los niños empezaron a tirarle piedras, intenté llevarme a Nadia, pero ella se quedó allí, aguantando. La señora Mikelsky, embarazada de su primer bebé, vino corriendo, abrazó a Nadia y les gritó a esos acosadores que pararan o llamaría a la policía. La señora Mikelsky era la profesora favorita de todas las niñas, nuestra Estrella Polar, porque todas queríamos ser como ella: guapas, inteligentes y divertidas. Ella defendía a sus niñas como una leona y nos daba *krówki*, caramelos de tofe, cuando hacíamos los exámenes de matemáticas sin ningún error. Yo siempre me los ganaba.

Pietrik, que había venido para acompañarnos a casa, persiguió a esos chicos blandiendo una pala, pero acabó perdiendo un trocito de un incisivo, aunque eso era algo que no le estropeaba la sonrisa, ni mucho menos. De hecho, le daba un aire más tierno.

Me sacó de mi ensoñación un sonido peculiar, similar al ruido que hacían los grillos, pero que parecía que nos envolvía. Fue aumentando hasta que la vibración que producía empezó a transmitirse a través del suelo.

¡Aviones!

Pasaron a toda velocidad sobre nosotros, volando tan bajo que volvieron la hierba del revés. La luz se reflejaba en sus vientres plateados. Se fueron hacia la derecha en formación de tres rumbo a la

ciudad, dejando un olor aceitoso en su estela. Sus sombras grises cruzaron los campos de más abajo. Conté doce en total.

–Parecen los aviones de *King Kong* –comenté.

–Son biplanos, Kasia –explicó Pietrik–. Curtiss Helldiver. Son bombarderos alemanes.

–Quizá sean polacos.

–No son polacos. Se sabe por las cruces blancas que tienen bajo las alas.

–¿Y llevan bombas? –preguntó Nadia, con más curiosidad que miedo. Ella nunca tenía miedo.

–Ya han atacado el aeropuerto –dijo Pietrik–. ¿Qué otra cosa van a bombardear? No tenemos almacenes de municiones.

Los aviones rodearon la ciudad y después fueron hacia el oeste, uno tras otro. El primero bajó en picado con un aullido terrible y dejó caer una bomba en medio de la ciudad, justo en Krakowskie Przedmieście, nuestra calle principal, flanqueada por los mejores edificios del lugar.

Pietrik se puso de pie.

–*Jezu Chryste, no!* –exclamó.

Un fuerte impacto hizo temblar la tierra y se elevaron columnas de humo negro y gris desde el lugar donde había caído la bomba. Los aviones rodearon la ciudad de nuevo y esta vez dejaron caer sus bombas cerca del ayuntamiento. Mi hermana, Zuzanna, que acababa de terminar los estudios de medicina, algunos días trabajaba de voluntaria en una clínica que había ahí. ¿Y mi madre? Por favor, Dios mío, llévame directa al cielo si a mi madre le pasa algo, pensé. ¿Estaba papá en correos?

Los aviones dieron unas cuantas vueltas sobre la ciudad y después vinieron volando hacia donde estábamos nosotros. Nos tiramos sobre la hierba cuando pasaron sobre nuestras cabezas una vez más. Pietrik se colocó encima de Nadia y de mí. Su cuerpo estaba tan cerca que sentí el latido de su corazón contra mi espalda a través de su camisa.

Dos aviones dieron la vuelta, como si se les hubiera olvidado algo.

–Tenemos que... –empezó a decir Pietrik, pero antes de que nos diera tiempo a movernos esos dos aviones bajaron para acercarse a la tierra, justo encima del campo que había abajo.

Un instante después oímos los disparos de las ametralladoras. Dispararon a las mujeres que estaban con las vacas. Algunas balas impactaron en el suelo, haciendo que salieran terrones de tierra despedidos por el aire, pero otras alcanzaron a las mujeres, derribándolas y provocando que se derramara la leche que llevaban. Una vaca gimió al caer y se oyó cómo las balas atravesaban las lecheras metálicas.

Los refugiados de los campos soltaron las patatas y se dispersaron, pero las balas impidieron su huida. Yo agaché la cabeza cuando los dos últimos aviones pasaron otra vez sobre nosotros, dejando el campo de abajo salpicado de cuerpos de hombres, mujeres y vacas. Las vacas que todavía podían correr iban corcoveando de acá para allá, como si estuvieran medio locas.

Yo eché a correr colina abajo, con Nadia y Pietrik pisándome los talones. Crucé el bosque por los caminos cubiertos de agujas de pino en dirección a mi casa. ¿Estarían heridos mis padres? ¿Y Zuzanna? Con solo dos ambulancias, iba a tener que trabajar toda la noche.

Cuando llegamos al campo de patatas nos detuvimos. Era imposible no quedarse mirando. Pasé a poca distancia, tal vez lo que medía una de esas lecheras metálicas, de una mujer de la edad de Zuzanna que tenía unas cuantas patatas esparcidas a su alrededor. Estaba tumbada boca arriba encima de unos surcos en la tierra, con la mano izquierda sobre el pecho y el hombro cubierto de sangre, que también le había salpicado la cara. Había una niña arrodillada a su lado.

—Hermana —decía la niña, dándole la mano—, tienes que levantar-te.

—Haz presión sobre la herida con las dos manos —le aconsejé, pero ella solo me miró fijamente.

Una mujer que llevaba un vestido de chenilla se acercó y se arrodilló a su lado. Sacó un trozo de goma de color amarillo de su maletín negro de médico.

Nadia tiró de mí para que me alejara.

—Vamos. Los aviones pueden volver.

En la ciudad se veía por todas a partes gente corriendo, llorando, gritándose y huyendo en bicicleta, a caballo, en camión, en carro o a pie.

Cuando nos acercamos a mi calle, Pietrik tomó a Nadia de la mano.

—Ya casi estás en casa, Kasia. Voy a acompañar a Nadia.

—¿Y qué pasa conmigo? —les grité, pero ya se habían ido por la calle adoquinada hacia el apartamento de la madre de Nadia.

Pietrik había elegido.

Me dirigí al túnel que pasaba bajo la antigua Puerta de Cracovia, una torre alta de ladrillos coronada por una aguja con forma de campana, que una vez fue la única entrada a la ciudad. Era mi monumento favorito de Lublin. Las bombas habían hecho que se formara una grieta en un lateral de la torre, pero todavía resistía.

Mi profesora de matemáticas, la señora Mikelsky, y su marido, que vivían cerca de mi casa, iban en bicicleta en dirección opuesta y pasaron por mi lado. La señora Mikelsky, con un embarazo muy avanzado, se giró sin dejar de pedalear.

—Tu madre está como loca buscándote, Kasia —dijo.

—¿Adónde van? —pregunté.

—A casa de mi hermana —contestó el señor Mikelsky a gritos.

—¡Ve a casa con tu madre! —dijo la señora Mikelsky mirando hacia atrás por encima del hombro.

Siguieron adelante con sus bicicletas y desaparecieron en medio de la multitud. Yo seguí hacia mi casa.

No dejaba de pensar: Por favor, Dios mío, que Matka esté ilesa.

Cuando llegué a nuestra manzana, al ver que el rinconcito rosa que era nuestro edificio estaba en pie, el alivio me provocó un hormigueo que recorrió todas las células de mi cuerpo. La casa que había al otro lado de la calle no había tenido la misma suerte. Había quedado reducida a escombros y ahora solo era un amasijo de hormigón, paredes de yeso y camas de hierro forjado tiradas por toda la calle. Esquivé el desastre y cuando me acerqué todavía más, vi que una de las cortinas de Matka se escapaba por la ventana, agitada por la brisa. Entonces me di cuenta de que las bombas habían hecho reventar el cristal de nuestras ventanas, con su papel de oscurecimiento y todo.

No me hizo falta sacar la llave del apartamento de detrás de un ladrillo suelto, porque la puerta estaba abierta de par en par. Encontré a Matka y a Zuzanna en la cocina, al lado de la mesa de dibujo de Matka, rescatando pinceles esparcidos por el suelo. En el aire se notaba el olor del aguarrás derramado. *Psina*, la gallina que teníamos como mascota, las seguía por todas partes. Gracias a Dios que no

había resultado herida, porque para nosotros era parte de la familia, más un perro que una gallina.

–Pero ¿dónde te habías metido? –preguntó Matka con la cara tan blanca como el papel que tenía en la mano.

–Hemos subido a la Pradera de los Ciervos –expliqué–. Fue idea de Pietrik...

Zuzanna se levantó con una taza llena de trozos de cristal en la mano. Su bata blanca de médico estaba manchada de ceniza. Le había costado seis largos años conseguir esa bata blanca. Su maletín estaba al lado de la puerta. Seguramente cuando cayeron las bombas estaba haciendo las maletas, preparándose para mudarse al hospital donde iba a hacer la residencia en pediatría.

–¿Cómo es posible que seas tan tonta? –preguntó Zuzanna.

–¿Dónde está papá? –dije cuando las dos se acercaron y empezaron a quitarme trozos de cemento del pelo.

–Salió... –empezó a decir Matka.

Zuzanna la agarró por los hombros.

–Díselo, Matka.

–Salió a buscarte –soltó Matka al fin, a punto de romper a llorar.

–Probablemente estará en correos –aseguró Zuzanna–. Voy a buscarlo.

–No te vayas –intervine–. ¿Y si vuelven los aviones?

Sentí que una especie de corriente eléctrica me atravesaba el pecho. Era miedo. Esas pobres mujeres tiradas en los campos...

–Me voy –insistió Zuzanna–. Pero volveré.

–Déjame ir contigo –pedí–. Me van a necesitar en la clínica.

–¿Pero por qué haces esas cosas tan estúpidas? Papá está ahí fuera por tu culpa. –Zuzanna se puso un jersey y fue hacia la puerta–. En la clínica no te necesitan. Si lo único que haces es enrollar vendas... Quédate aquí.

–No te vayas –suplicó Matka, pero Zuzanna salió apresuradamente. Siempre tan fuerte, como papá.

Matka fue hasta la ventana y se agachó para retirar esquirlas de cristal, pero no pudo hacerlo porque le temblaban mucho las manos y volvió donde estaba yo. Me acarició el pelo, me dio un beso en la frente y después me abrazó fuerte diciendo una y otra vez, como un disco rayado: *Ja cię Kocham*.

Te quiero.

Matka y yo dormimos en su cama esa noche, las dos atentas por si papá o Zuzanna entraban por la puerta. *Psina*, más perro que gallina, durmió a los pies de nuestra cama, con la cabeza metida bajo una de sus suaves alas. Se despertó y soltó un graznido cuando papá volvió a casa por fin, mucho antes del amanecer. Él se quedó de pie en el umbral del dormitorio, con su chaqueta de *tweed* cubierta de ceniza. Papá siempre tenía una expresión triste, como la que tienen los perros sabuesos. Incluso en las fotos que tenía de cuando era un bebé se le veían las mismas arrugas y le colgaban unos pliegues de piel. Pero esa noche la luz que llegaba desde la cocina proyectaba en su cara una sombra que le hacía parecer aún más triste.

Matka se incorporó en la cama de un salto.

—¿Ade? —Apartó la manta de un tirón y fue corriendo hacia él. La luz que venía de la cocina convertía sus figuras en siluetas oscuras—. ¿Dónde está Zuzanna?

—No la he visto —dijo papá—. Como no encontré a Kasia, fui a correos y saqué los archivos a la calle para quemarlos. Tenían información que los alemanes querrán. Nombres y direcciones. Listas militares. Han ocupado la oficina de correos de Varsovia y han cortado la línea de telégrafo, así que nosotros seremos los siguientes.

—¿Qué ha pasado con los empleados? —preguntó Matka.

Papá miró hacia donde yo estaba y no respondió.

—Creemos que las tropas alemanas llegarán a Lublin dentro de una semana. Es posible que el primer sitio que visiten sea este.

—¿Vendrán aquí? —Matka se llevó la mano a la garganta y con el movimiento tiró de la bata que llevaba para andar por casa y se le formaron varios pliegues alrededor del cuello.

—A buscarme. Les puedo ser útil. —Papá sonrió, pero seguía habiendo oscuridad en su mirada—. Querrán usar la oficina de correos para sus comunicaciones.

Nadie conocía esa oficina como papá. La había dirigido desde que yo tenía memoria. ¿Sabría secretos? Papá era un patriota. Preferiría morir antes que contarles algo.

—¿Y cómo van a saber dónde vivimos?

Papá miró a Matka como si fuera una niña.

—Llevan años planeando esto, Halina. Si me llevan con ellos, es posible que me necesiten, así que tendrán que mantenerme con vida.

Espera dos días. Si no sabes nada de mí, coge a las niñas y marchaos al sur.

–Los británicos nos ayudarán –afirmó Matka–. Los franceses...

–No va a venir nadie, amor mío. El alcalde está evacuando la ciudad con la policía y los bomberos. Por ahora tenemos que esconder lo que podamos.

Papá sacó el joyero de Matka de la cómoda y lo tiró sobre la cama.

–Primero lava y deja secar todas las latas que tengamos. Tenemos que enterrar todos los objetos de valor.

–Pero nosotros no hemos hecho nada malo, Ade. Los alemanes son gente culta. Hitler los tiene a todos bajo algún tipo de encantamiento.

La madre de Matka era alemana cien por cien y su padre medio polaco. Y ella era preciosa, incluso nada más despertarse. Tierna sin ser frágil y rubia natural.

Papá la agarró de un brazo.

–Esa gente tan culta quiere que nos vayamos para poder instalarse aquí, ¿es que no lo ves?

Papá recorrió el apartamento reuniendo todo lo que tenía algún valor y metiéndolo en una caja metálica que tenía una tapa con bisagras: el título de enfermería de Matka, su certificado de matrimonio, un anillo con un pequeño rubí de la familia de Matka, un sobre con fotos familiares.

–El saco de mijo. Lo vamos a enterrar también.

Matka extrajo el saco de tela de debajo del fregadero.

–Seguramente registrarán casa por casa en busca de soldados polacos escondidos –explicó papá en voz baja–. Han publicado nuevas normas. Polonia ya no existe como país. No se puede hablar polaco. Se van a cerrar todos los colegios. Habrá toque de queda. Para saltárselo hace falta un permiso rosa y no podemos tener armas, ni botas de esquí, ni más comida que la que nos permitan nuestras cartillas de racionamiento. Esconder cualquiera de esas cosas conlleva un castigo que consiste... –Papá volvió a mirarme y dejó de hablar–. Lo más probable es que se lleven lo que quieran.

Papá sacó su revólver plateado del cajón de la cómoda. Matka dio un paso atrás para apartarse.

–Entierra eso también, Ade –pidió con los ojos desorbitados.

–Tal vez lo necesitemos –contestó papá.

Matka le dio la espalda.

–Las armas no traen nada bueno.

Papá dudó y al final metió el arma en la caja.

–Entierra tu uniforme de las exploradoras, Kasia. A los nazis no les gustan. Dispararon a un grupo de scouts en Gdansk.

Sentí un escalofrío. Sabía que no debía discutir con papá, así que metí mis posesiones más preciadas en latas metálicas: una bufanda de lana que Pietrik se puso una vez y que todavía olía a él; el vestido rojo nuevo de pana, corto y sin mangas, que me había hecho Matka; la camisa y el pañuelo del uniforme de las exploradoras; y una foto en la que estábamos Nadia y yo montadas en una vaca.

Esa noche solo las estrellas iluminaban el jardín de atrás, un trozo de tierra rodeado por unos tablones de madera, que aguantaban en pie gracias a las malas hierbas que crecían a su alrededor. Papá apoyó todo su peso sobre la oxidada pala para que entrara en la tierra. Atravesó el suelo como si fuera bizcocho y después fue agrandando el agujero, como si estuviera haciendo una tumba para un bebé.

Ya casi habíamos acabado, pero incluso en esa oscuridad casi total yo me di cuenta de que Matka todavía llevaba su anillo de compromiso en el dedo, el que su madre le había dado cuando papá no tenía suficiente dinero para comprarle uno. El anillo tenía la forma de una flor exquisita, con un diamante grande en el centro, rodeado de pétalos de zafiro de un profundo azul oscuro. Brillaba como una luciérnaga nerviosa cuando la mano de Matka se movía en la oscuridad. «Es un diamante con corte cojín. Es del siglo XVIII, cuando cortaban las piedras preciosas con la intención de que la luz de las velas les arrancara destellos», contaba mi madre cuando la gente lo admiraba. Y sí que brillaba, resplandecía, casi como si estuviera vivo.

–¿Y el anillo? –preguntó papá.

La luciérnaga desapareció tras su espalda, buscando protección.

–Eso no –exclamó Matka.

Cuando éramos niñas y teníamos que cruzar la carretera, Zuzanna y yo siempre peleábamos para ser la que se agarrara de la mano en la que Matka llevaba el anillo. La mano bonita.

–¿Es que no hemos enterrado ya bastante? –dije–. Nos van a pillar. Quedarnos allí, discutiendo en la oscuridad, solo iba a servir para llamar la atención.

–Como quieras, Halina –aceptó papá.

Empezó a echar paladas de tierra en el agujero para cubrir nuestros tesoros. Yo arrojé tierra con las manos para ayudar y acabar antes. Después papá lo pisó para que quedara nivelado. Al final contó los pasos que había hasta el edificio para recordar dónde habíamos escondido nuestras pertenencias.

Doce pasos hasta la puerta.

Zuzanna por fin volvió a casa, contando historias terribles sobre médicos y enfermeras que habían tenido que trabajar toda la noche para salvar a los heridos. Se decía que todavía había personas con vida bajo los escombros. Vivíamos con miedo de que los alemanes aparecieran en nuestra puerta y pegados a la radio de la cocina, esperando buenas noticias, aunque las que llegaban no podían ser peores. Polonia se defendía, estaba soportando grandes pérdidas, pero no podía plantarle cara a las modernas divisiones acorazadas y a la fuerza aérea alemana.

Me desperté el domingo 17 de septiembre y oí a Matka contarle a papá lo que había oído en la radio. Los rusos también habían atacado Polonia por el este. ¿Es que nadie iba a poner fin a las agresiones de otros países contra nosotros?

Encontré a mis padres en la cocina, mirando por la ventana. Era una fría mañana de otoño y se colaba una leve brisa entre las cortinas de Matka. Cuando me acerqué a la ventana, vi a unos hombres judíos con trajes negros quitando los escombros que había delante de nuestra casa.

Matka me rodeó con los brazos. Cuando la carretera estuvo limpia, vimos que llegaba un montón de soldados alemanes en formación, como nuevos inquilinos que llegaran a una casa de huéspedes con sus montañas de equipaje. Primero llegaron los camiones, después los soldados de infantería y detrás más soldados altivos sobre las atalayas de sus tanques. Al menos Zuzanna no llegó a ver esa imagen tan triste, porque se había ido al hospital por la mañana.

Matka se puso a calentar agua para hacerle un té a papá mientras él seguía contemplándolo todo. Yo hacía lo posible por estar muy callada. Si guardábamos silencio, tal vez no vinieran a molestarnos. Para tranquilizarme conté los pájaros de ganchillo de las cortinas de Matka. Una alondra. Dos golondrinas. Una urraca. ¿No eran las urracas un símbolo de muerte inminente? El sonido de un camión se oyó más fuerte.

Inspiré hondo para calmar el pánico que sentía. ¿Qué iba a pasar?
–¡Fuera, fuera! –gritó un hombre.

Después se oyó el terrible repiqueteo de botas con tachuelas sobre los adoquines. Había muchas.

–Apártate de la ventana, Kasia –ordenó papá, alejándose también.

Lo dijo de una forma tan brusca que supe que estaba asustado.

–¿Deberíamos escondernos? –susurró Matka.

Giró el anillo en su dedo y cerró el puño para esconder las piedras contra su palma.

Papá fue hacia la puerta y yo me puse a rezar. Oímos muchos gritos y órdenes, y pronto el camión se alejó.

–Creo que se van –le susurré a Matka.

Y un segundo después me sobresalté cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta y después una voz.

–¡Abran!

Matka se quedó petrificada donde estaba y papá fue a abrir la puerta.

–¿Adalbert Kuzmerick? –preguntó un soldado de las SS que entró muy altanero y pagado de sí mismo.

Era dos palmos más alto que papá, tanto que su gorra casi chocó con el dintel de la puerta al entrar. El soldado y su subordinado llevaban el uniforme del Sonderdienst, con las botas negras y la gorra con el horrible emblema de la calavera con dos agujeros negros por ojos. Cuando entró, noté el olor del chicle Clove. Estaba claro que estaba bien alimentado e iba con la barbilla tan alta que le vi un trocito de papel blanco con un poco de sangre que tenía sobre la nuez, donde se había cortado afeitándose. Hasta su sangre era rojo nazi.

–Sí –contestó papá con toda la tranquilidad que pudo reunir.

–¿El director del Centro Postal de Comunicaciones?

Papá asintió.

Otros dos soldados agarraron a papá por los brazos y lo sacaron por la puerta sin que le diera tiempo siquiera a girarse para mirarnos. Intenté ir tras él, pero el soldado alto me bloqueó el paso con su porra.

Matka fue corriendo a la ventana con los ojos desorbitados.

–¿Adónde se lo llevan?

De repente sentí frío por todo el cuerpo. Me costaba respirar.

Otro soldado de las SS, más delgado y más bajo que el primero, entró con una bolsa de pan de tela cruzada sobre el pecho.

–¿Dónde guarda su marido los papeles del trabajo? –preguntó el alto.

–Aquí no –contestó Matka–. ¿Pueden decirme adónde lo llevan?

Matka se quedó de pie, con los dedos entrelazados sobre el pecho, mientras el más delgado iba por toda la casa abriendo cajones y guardando en la bolsa todos los papeles que se iba encontrando.

–¿Tienen radio de onda corta? –preguntó el alto.

–No –contestó Matka, negando con la cabeza.

Sentí un dolor en el estómago cuando vi al soldado delgado abrir las puertas de la alacena y meter en su bolsa la poca comida que nos quedaba.

–Todas las provisiones son propiedad del Reich –anunció el alto–. Les darán cartillas de racionamiento.

Unos guisantes en lata, dos patatas y una pequeña y triste col acabaron en la bolsa del delgado. Después sacó una bolsa de papel con el extremo enrollado en la que estaba lo que quedaba del café de Matka.

Ella intentó detenerlo.

–Oh, por favor... ¿Podemos quedarnos con el café? Es todo lo que tenemos.

El alto se giró y se quedó un momento mirando a Matka.

–Déjalo –ordenó y su subordinado lo dejó caer sobre la encimera.

Los soldados entraron en los tres diminutos dormitorios, abrieron los cajones de las cómodas, sacaron los calcetines y la ropa interior y los tiraron al suelo.

–¿Armas? –preguntó el alto mientras los otros miraban en los armarios–. ¿Algo más de comida?

–No –respondió Matka.

Nunca la había visto mentir.

Él se acercó a ella.

–Seguro que sabrá que esconder lo que le corresponde al Reich se castiga con la muerte.

–Lo sé –contestó Matka–. Si pudiera ir a ver a mi marido...

Seguimos a los hombres afuera, al jardín de atrás. Con los hombres de las SS allí, el jardín, vallado por todos los lados, de repente pareció aún más pequeño. Todo aparentaba normalidad, pero la tierra donde habíamos enterrado nuestras cosas la semana anterior se veía muy aplanada. Era obvio que ahí había algo enterrado. Conté los pasos del soldado mientras recorría el jardín. Cinco... seis... siete... ¿Verían cómo me temblaban las rodillas?

Nuestra gallina, *Psina*, se acercó al lugar donde habíamos enterrado los tesoros y empezó a arañar el suelo, buscando bichos. Dios mío, la pala seguía allí, apoyada contra la pared de atrás de la casa, con la parte metálica sucia de tierra. ¿Nos llevarían al castillo de Lublin o simplemente nos dispararían allí mismo, en el jardín, y nos dejarían tiradas para que mi padre nos encontrara cuando volviera?

–¿Creen ustedes que somos idiotas? –dijo el soldado alto, acercándose al lugar exacto.

Ocho... nueve...

Dejé de respirar.

–Claro que no –dijo Matka.

–Coge la pala –le dijo el soldado alto a su subordinado–. ¿De verdad creían que se iban a salir con la suya?

–No, por favor –suplicó Matka. Se agarró la medalla de santa María que llevaba colgada del cuello con una cadena–. Yo soy de Osnabrück. ¿Lo conoce?

El soldado alto le quitó la pala a su subordinado.

–Claro que lo conozco. ¿Quién no ha estado en su mercadillo navideño? ¿Se ha registrado como *Volksdeutsche*?

Volksdeutsche era la denominación alemana para los descendientes de alemanas en países que no fueran Alemania. Los nazis presionaban a los ciudadanos polacos con ascendencia alemana, como Matka, para que se registraran. Una vez registrados conseguían más comida, mejores trabajos y les asignaban las propiedades que les confiscaban a los judíos y a los polacos no alemanes. Matka nunca

aceptaría, porque era señal de simpatía hacia Alemania. Pero esa decisión la ponía en peligro, porque iba en contra de lo que ordenaba el Reich.

–No, pero soy casi alemana. Mi padre solo era medio polaco.

Psina arañó la tierra alrededor de la zona aplanada y rebuscó con el pico.

–Si fuera alemana, no rompería las reglas, ¿verdad? No le quitaría al Reich lo que es suyo.

Matka le tocó el brazo.

–Es duro todo esto, ¿no lo entiende? Imagine que fuera su familia.

–Mi familia le habría dado todo lo que tiene al Reich.

El hombre de las SS siguió acercándose al lugar con la pala en la mano.

Diez... Once...

–Lo siento mucho –dijo Matka mientras iba detrás de él.

El hombre ignoró a Matka y dio un paso más.

Doce.

¿Cuánto tendrían que cavar para encontrar la caja?

–Denos otra oportunidad, por favor –rogó Matka–. Las reglas son muy recientes.

El soldado se giró, se apoyó en la pala y miró a Matka de arriba abajo. Sonrió y le vi perfectamente los dientes, iguales que pastillas de chicle.

Él se inclinó para acercarse a ella y bajó la voz.

–¿Ha oído lo de la norma del toque de queda?

–Sí –dijo Matka. Se le había formado una pequeña arruga entre las cejas y cambió el peso de un pie a otro.

–Esa regla se la puede saltar.

El hombre de las SS sujetó la medalla de Matka entre el pulgar y el índice y la frotó, sin apartar los ojos de Matka.

–Hace falta un pase de color rosa para saltarse el toque de queda –dijo Matka.

–Los tengo aquí mismo, en el bolsillo.

Soltó la medalla y se puso la mano sobre el corazón.

–No lo entiendo –confesó Matka.

–Creo que sí que lo comprende.

–¿Me está diciendo que se olvidará de esto si voy a verlo?

–Si es eso lo que ha entendido...

–Los alemanes que yo conozco son personas cultas. No me puedo ni imaginar que un alemán le pida a una madre de dos hijas que haga algo así.

El hombre ladeó la cabeza, se mordió el labio y agarró la pala.

–Siento que piense así.

–¡Espere! –intentó detenerlo Matka.

El hombre levantó la pala en el aire, por encima de su cabeza.

–¡Dios mío, no! –chilló Matka.

Intentó agarrarle el brazo, pero ya era demasiado tarde. Una vez que la pala empezó a cruzar el aire, ya no hubo forma de detenerla.